

Emma Bovary y Ana Ozores veranean juntas

El color verde...

Estoy segura de que en algún momento, Ana de Ozores invitó a Emma Bovary a pasar unos días en Brieves; la animó a dejar Normandía y así juntas disfrutar de un descanso merecido lejos de Gustave y Leopoldo.

Flaubert y Clarín fueron dos demiurgos, dueños y señores de sus respectivas criaturas literarias: mujeres ¿ficticias? a las que hicieron vivir un trajín físico y un trasiego anímico a prueba de opiniones, juicios y pareceres muy de la época que las vio transitar por Vetusta y Ry.

La región que alberga el lugar elegido por ambas para sincerarse es preciosa... y cuando los calores caniculares abotagan la mente de los capitalinos, conviene esponjar neuronas y salir de esa zona de supuesto confort...

Emma llegó una tarde de verano aceptando la invitación de su amiga Ana; atravesó Trevías y su vista inundada de color verde le procuró placidez y silencio; sí, lo necesitaba para acallar el ruido que ocasionó su autor con la publicación, en “fascículos” al modo de novela bizantina o serie televisiva de sobremesa de su historia afectiva y conyugal. Una vida por entregas que la sumió en la más triste de las miserias personales.

Muy similar a lo que le ocurrió a su amiga, más joven Ana de Ozores cuyo autor la dividió en capítulos, troceó su tracamundo a gusto del público consumidor de novelas decimonónicas. Habría, pues, que recomponer piezas, pegarlas y rehacer las figuras que parecían guiñoles en manos de unos escritores triunfadores.

Emma y Ana buscan la calma y el fresco para aliviar los atorrantes y bochornosos días de tantas jornadas vividas a puro aburrimiento; rutina tediosa y recalcitrante sin viso de cambio porque a ellas no les espera la vuelta del quehacer profesional; no hay trabajo que las defina, ocupación que alimente sus inquietudes...son esposas y ya; parece que van a cumplir a rajatabla los preceptos áureos del poeta áureo Fray Luis de León, un agustino que ya en 1583 rimó las virtudes de *La perfecta casada*. No sé si fue libro de mesilla de nuestras protagonistas. Quizá al principio de sus respectivos matrimonios sí, pero con el paso del tiempo, acabaron rompiendo el corsé que las oprimía y dejaron los consejos del teólogo para otras féminas.

Emma y Ana caminan por las calles empedradas de Brieves oliendo el verde menta de las plantas mezclado con la hierba que crece alrededor, tierna y alimento de ganado: por cierto, ¿no era este el apodo que quisieron atribuir a la francesa? Su apellido, Bovary, parecía esconder algo de bovino, un rictus facial próximo a *boeuf*...claro, que más bien sería el de su esposo, el médico de la localidad con quien se desposó sin amarlo; igual que Ana: poco amor sentía por su “regente”, más bien gratitud por la protección que le dispensaba.

Laderas, pastos y extensiones de bosques. Algún jabalí, raposas...y hortensias, inmensos ramos de hortensias de color fucsia.

El tiempo se ha detenido para ellas y con la satisfacción del paso del tiempo y la distancia de sus jaulas, observan las casas lejanas de Brieves: perfectamente arracimadas con sus tejados grises y paredes encaladas. La tierra que rodea a la localidad se nota húmeda y esponjosa: fértil.

Y el verde eucalipto y más silencio.

Cuántas conversaciones escuchaban a su alrededor un día y otro día: sus cónyuges Víctor Quintanar y Charles Bovary, amigos, amantes y donjuantes: Álvaro Mesía, Rodolphe Bolanger...

Charlas de sirvientes, parroquianos ociosos que pueblan plazas, calles, casinos, bailes y teatros...Campanas de esa torre siniestra y animada que todo lo ve, lo sabe y vigila atenta...

Juntas sonrían al acercarse a vecinos que las miran asombrados con sus atavíos de época pretérita; el frufú de sus faldas y las sombrillas que las protegen del sol de agosto; pero no sienten estridencias. Todo es balsámico.

Han oído hablar de Cudillero, de su jolgorio matutino con chubasqueros, restaurantes que colman el apetito, tiendas en cuevas que exhiben sus mercancías...bullicio, trajín de compradores y turistas.

Y de Luarca, con su mercadillo de puestos callejeros y aperitivos mundanos y entretenidos. Pasteles y empanadas. Todo un mosaico de amables lugareños.

¡¡Qué pensarían de ellas si se acercaran a la playa de Cueva...!!

Mejor seguir de confiancias reposando desde el altozano para apreciar el verde jungla de parcelas tupidas y abigarradas que protegen con sus ramajes las cuencas fluviales: unos ríos que dulcifican ciertas horas vespertinas.

Sorolla, a escondidas, las pintó: no importa qué mar fuera; adivinó sus figuras livianas y potentes, dos mujeres con personalidad en un horizonte en reposo, un atardecer complaciente.

A Emma le martillea en la cabeza cuántas veces le recordaron sus acompañantes: “Esa no es la pregunta. No estás preparada para saber la verdad”, como si fuera una bisoña, muñequita de caja de música, que abandonada, le recuerdan: “*Nadie se va a preocupar de tu felicidad*”. En un arranque de valentía Ana le confiesa a Emma que “quiere a alguien que no es su marido, que siente el alma contenida y el cuerpo encendido antes de coger la maleta” ... pero, “¿son de fiar?”

Palabras que seducen, promesas incumplidas, deseos apagados, corazón ardiente y al final...la soledad de un empujón.

No echan de menos desde este “comeback to the future” los juegos de jardín, pasatiempos de damas ociosas y aburrimiento mortal; piruetas que entretienen almas cándidas en un espacio vital estrecho y lastroso. Las amarras conyugales son mordazas que les incitan a gritar y desmelenarse, tirar la cinta sacramental que contrajeron y arrojar el yugo, bendecido con beatitud. Emma, más vieja le asegura que sus ojos carecen de fuerza para rastrear el amor que la atenazó a sus fauces. Porque, asume, que nadie la empujó...

Al final, desde Brieves, verde esperanza...

De vuelta a Vetusta...

Ya me lo advirtió mi amiga Emma Bovary: ojito con “tu hacedor”; se trataba de escritores que acomodaban acciones y hechos que poco o nada decían del auténtico ser, de la auténtica esencia de sus protagonistas, reales, sin duda: mujeres que intentaban sacudirse cenizas anteriores, rescoldos de vetustez, parámetros ancestrales.

A Ana Ozores Clarín la convirtió en un auténtico guiñapo femenino, y *me cortó un traje a su medida*, a la de unas décadas de predominante elenco masculino en todos los aspectos de la vida, sin tener en cuenta *que me venía estrecho de costuras*.

... Algo más joven que tú, querida Emma, voy a intentar rescatar para la posteridad, las luces que deseo brillen en tu honor y en el mío, mientras Gustave y Leopoldo siguen bebiendo las mieles de la memoria literaria.

Me acusan de temperamento místico, algo desvaído mi carácter sin ímpetu para romper ligaduras y bailar al son que más deseo.

Vivo constreñida en esta Vetusta, anquilosada y raquítica ciudad que me observa desde esa torre catedralicia; su magistral, ataviado eclesiásticamente con máscara renegrada, domina almas, porque cuerpos solo desea el mío. Y a mí me provoca una repulsión que surge de mis entrañas, pero busco su compañía, su conversación sanitizadora de intelectual; terciopelo y acero, atracción y rechazo, bifaz perverso, sonrisa maléfica.

Siento que mi pasión se acalla en su presencia, mientras mi marido, observa paternalista y taciturno mis sobresaltos; me gustaría espantar esos recuerdos que me atormentan y solo atisbo sombras de un pasado que me persigue a todas horas; personas de mi infancia desdibujada, momentos de ensoñación tenebrosos: en mi soledad me ahogo; voy a exorcizar miedos pretéritos a flor de piel y romper el bozal que me atenaza entre estos muros solariegos. Mi devocionario está maltrecho de tantas páginas y páginas sobadas en esas tardes espesas de calor brumoso: no hay santos que consuelen mi vehemencia ni ánimo vital para expresar las bridas personales que me siguen atosigando: quiero sentir, vivir, gozar; la pureza en una mujer y su castidad no aplacan deseos hirvientes ni suavizan la necesidad de un cuerpo harto de soportar órdenes.

Hasta don Fermín, confesor veleidoso, anhela poseerme como un enser, una antigüedad que exhibir en el secreto eclesial: su amor viscoso me recorre las entretelas con su palabrería santificada y hueca; él sospecha mi inclinación por don Álvaro al que yo seguiría de buen grado, en un destino inexorable que acabaría conmigo; me da miedo el arrebatado de celos incontrolables que lanzaría contra mi conciencia de esposa adúltera.

Pero mis manos buscan el calor de quien me haga gritar hasta el éxtasis, más allá de arrepentimientos banales.

Me invade un frío aterrador, la mirada de ojos crispados se ciernen sobre mi voluntad: me paralizan, calculan mi destierro y me arrinconan en medio de una tormenta sofocante.

Mi imagen en el espejo de esta ciudad me recuerda quién soy. Me abrumba la tentación: soltar amarras y escapar. ¿Hacia dónde? ¿Con quién? ¿Y después?

¡Emma!!, ven, ayúdame. No quiero seguir escuchando a mi autor, yo soy su criatura sin dirección, su gran obra, perdida en el marasmo sentimental que me aqueja sin cesar. Este vestido me aprieta. Me lo voy a arrancar y salir a la calle sin brazo en el que apoyar mi debilidad.

El escenario de mi teatro vital me llama, me invita a participar de mi esencia: agostada al lado de don Víctor, alianza marital, dominada de rodillas en el confesionario de don Fermín, ese clérigo infame.

Hombres vetustos, hombres egoístas sin alma y sin amor; me buscan y me abandonan...como a ti.

Vicio y trampa, fidelidad y deseo, indiferencia y protección, ironía y desgracia, vanidad y apariencias: oro y oropel arrojando mi anatomía desgastada. Caricatura y mascarada de una vida sin sentido que pronto acabará con mi cuerpo inerme, mi voz exangüe.

Me ahogo, se acaba el hálito que me sostenía, desfallezco...

Ese beso viscoso y frío: Emma, espérame, volemós juntas hacia la eternidad.